

Un triángulo peninsular: Miguel Torga ante Unamuno e Ignacio de Loyola

EDUARDO JAVIER ALONSO ROMO

1. Miguel Torga, escritor ibérico

Miguel Torga es el pseudónimo literario por el que es conocido el escritor portugués Adolfo Correia da Rocha. Nacido en 1907 en el seno de una familia muy humilde, en S. Martinho de Anta (región de Trás-os-Montes), siendo adolescente emigró a Brasil durante cinco años, hasta 1925, momento en que regresa a Portugal. Estudia Medicina en Coimbra y se especializa en otorrinolaringología, actividad que desarrollaría durante toda su vida, paralelamente a su labor literaria. A su muerte, acaecida en Coimbra el 17 de enero de 1995, dejó una extensa producción que abarca varios géneros, obra que en gran parte ya ha sido traducida al castellano¹. De este modo, en nuestra exposición nos vamos a servir fundamentalmente de la versión castellana de tres de sus libros²: una amplia selección del *Diario* –bien distinto del *Diario ínti-*

Universidad de Salamanca.

(1) Vid. DASILVA, Xosé Manuel, “A tradução de Miguel Torga em Espanha (ou força nativa em voz alheia), en *Actas del Congreso Internacional de Historia y Cultura en la Frontera*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2001, pp. 1015-1044.

(2) Eloísa ÁLVAREZ realizó la traducción de *Diario (1932-1987)*, Madrid, Alfaguara, 1988; y de *La creación del mundo*, 2ª ed., Madrid, Alfaguara, 1995. En cambio, se debe a Pilar VÁZQUEZ CUESTA la edición bilingüe de *Poemas Ibéricos*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984. Citamos estas tres obras respectivamente con las siglas *D.*, *C.M.* y *P.I.*, seguidos de la paginación ...

mo unamuniano—, la narrativa autobiográfica de *La creación del mundo* y la lírica de sus *Poemas Ibéricos*, obra singular donde, enlazando en la historia de la literatura portuguesa con Camões y Pessoa, evoca algunas figuras representativas de la historia peninsular. Destacamos por su especial significación el *Diario*, que Torga fue escribiendo desde 1932 hasta 1993, abarcando toda su vida literaria.

El iberismo del escritor trasmontano, en un sentido general, ha sido ya señalado con diversos matices por varios autores³ que ponen de manifiesto el hecho de que, sin ninguna duda, Torga ha sido el escritor portugués del siglo xx que más se ha interesado por España, manteniendo siempre un enfoque peninsular. Ya en 1944, escribía como prólogo a la traducción castellana de su obra *Bichos*: “Mi patria cívica acaba en Barca de Alva, pero mi patria telúrica sólo termina en los Pirineos. Llevo en mi pecho angustias que tienen necesidad de la aridez de Castilla, de la tenacidad vasca, de los perfumes de Levante y de la luz de la luna de Andalucía. Soy, por la gracia de Dios, peninsular” (*D.* 90). Cuarenta años más tarde se presentará de este modo en el prólogo a la edición española de *La creación del mundo*: “Soy un portugués hispánico. Nací en una aldea trasmontana, pero respiro todo el aire peninsular. Celoso de mi patria cívica, de su independencia, de su Historia, de su singularidad cultural, me gusta, sin embargo, sentirme gallego, castellano, andaluz, catalán, vasco... en esos momentos complementarios de mi instinto y de mi mente” (*C.M.* 11).

A lo largo de este trabajo abordaremos la presencia en la obra torguiana de dos vascos singulares: Miguel de Unamuno e Ignacio de Loyola, a través de las referencias directas que el escritor portugués hace a uno y a otro. La primera observación que podemos realizar es que las alusiones a D. Miguel son mucho más numerosas y significativas. Ahora bien, el interés de este estudio se centra en analizar la correlación que Torga establece en repetidas ocasiones,

...

correspondiente. Cuando citemos registros del *Diario* que no aparecen en la selección de Eloísa Álvarez, los tomamos de la edición portuguesa aparecida en Coimbra en 1995, dando nuestra propia traducción y citando entre paréntesis la fecha del registro. Eloísa ÁLVAREZ es también responsable de la edición española de *Diario II (Últimas páginas, 1987-1993)*, Madrid, Alfaguara, 1996, pero en este libro no hemos encontrado referencias directas para nuestro tema, como tampoco en otros de Miguel Torga.

(3) Vid. GONÇALVES, Fernão de Magalhães, “El iberismo de Miguel Torga”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 449 (Madrid 1987), pp. 122-133; y NOVO PALACIO, Eduardo, “El sentimiento ibérico en la obra poética torguiana”, *Cuadernos de Filología. Anejo XXXI*, Valencia, Universidad de Valencia, 1999, pp. 315-324.

en términos de contraposición, entre el santo guipuzcoano y el escritor vizcaíno. De este modo se constituye una especie de triángulo en el cual a un lado de Torga estaría Unamuno como polo positivo, y al otro, Ignacio de Loyola como contrapunto negativo.

2. Miguel de Unamuno como paradigma positivo

La lectura de las obras del escritor luso muestra una profunda afinidad mental con el intelectual bilbaíno. Y ello hasta el punto de tomar el nombre de Miguel como pseudónimo, en homenaje al mismo tiempo a Unamuno y a Cervantes⁴. No en vano, el eterno agonista bilbaíno fue un gran enamorado de Portugal y, como es sabido, escribió abundantemente sobre la historia y la literatura lusas, hasta llegar a ser considerado el mayor lusófilo español de todos los tiempos⁵.

Hace ya tiempo Jesús Herrero señalaba que si el rector de Salamanca hubiese conocido a Miguel Torga, muy probablemente lo habría incluido entre sus hermanos de alma, junto con Obermann, Senancour, Leopardi y Carducci o los portugueses Camilo Castelo Branco y Antero de Quental⁶. Ahora bien, lo que no pudo acontecer por parte de Unamuno por causa de la cronología⁷, sucedió en cambio por parte de Torga, quien siempre concedió al autor de *La agonía del cristianismo* un lugar privilegiado entre sus ascendientes cívicos y trágico-religiosos. Sin ninguna duda, el gran pensador-sentidor español es una

(4) Cf. ROCHA, Clara Crabbé, *O espaço autobiográfico em Miguel Torga*, Coimbra, Almedina, 1977, p. 249. Aunque cae fuera de nuestro tema actual, sería interesante ver las numerosas referencias torguianas a Cervantes y a sus geniales personajes –algunas nos saldrán indirectamente a lo largo del presente trabajo–.

(5) Vid. GARCÍA MOREJÓN, Julio, *Unamuno y Portugal*, 2ª ed., Madrid, Gredos, 1971; y MARCOS DE DIOS, Ángel, *Escritos de Unamuno sobre Portugal*, Paris, Calouste Gulbenkian, 1985.

(6) HERRERO, Jesús, *Miguel Torga, poeta ibérico*, Lisboa, Arcádia, 1979, p. 87. Análogo es el juicio de José María MOREIRO, *Eu, Miguel Torga*, Algés, Difel, 2001, pp. 97-109.

(7) Entre los libros de Unamuno no aparece ninguno de Torga, a diferencia de otros escritores portugueses un poco más mayores que frecuentemente le enviaban sus obras a Salamanca, las cuales se consevan en su Casa-Museo. Cf. TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio, *Unamuno y los poetas*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1994; y MARCOS DE DIOS, Ángel, “Libros portugueses en la Biblioteca de Unamuno”, *Estudios Portugueses*, 1 (Salamanca 2001), pp. 167-177.

de las presencias fuertes en las páginas del escritor portugués, coincidiendo ambos en ser hombres contradictorios, en permanente lucha consigo mismos y con los demás.

Rastreado por la obra de Miguel Torga, es en el *Diario*, donde son más frecuentes las referencias al escritor vasco, sobre todo en los primeros tiempos y concretamente hacia el año 1942, tal vez coincidiendo con una lectura de la obra unamuniana. En este sentido, el registro más extenso e importante es el asentado por Torga el día 11 de noviembre de 1942: “Cuando me paro a pensar en el hombre que, después de Cervantes y de Camões, nos llevó a Europa con más firmeza y sentido, siempre se me ocurre el nombre cada vez más nuevo de Unamuno” (D. 70). Después de mostrar su afinidad con otros autores peninsulares como Joaquín Costa, Antero de Quental y Oliveira Martins, reconoce: “Pero vuelvo siempre al bilbaíno. Y es que, para mí, el gran error de todos los que, después de tomar conciencia de nuestro caso, han querido hacer de la Iberia una tierra de Europa, ha sido el de haber intentado sembrar en este tórrido suelo peninsular frías ideas de otros paralelos. Sólo el comentador de *Don Quijote* (y Ganivet, aunque con menor ahínco) tuvo genio suficiente para entender el problema a fondo, y para ver la justa medida en que la esponja, sin perder el legítimo orgullo de su origen, podría absorber el rocío de otra cultura” (D. 70-71). De esta forma, Torga relaciona a Unamuno con la generación portuguesa de 1870 –equivalente en buena medida de los noventayochistas españoles–, pero destacando el papel del rector del Salamanca.

Sigue escribiendo Miguel Torga el mismo día sobre el mérito de Unamuno: “Explicarle al mundo la naturaleza de nuestra lengua, el camino de nuestra Historia, la terrosidad de nuestro suelo, la gravedad de nuestro paisaje, la intimidad de nuestra literatura, la grandeza de nuestros santos, la ferocidad de nuestros héroes, la humanidad de nuestros ladrones y la ingenua charlatanería de nuestros políticos, es ciertamente la manera más honrada de intercambiar universalmente ideas y de lograr la comprensión de los oídos ajenos. [...] Expresar agónicamente el drama de un específico temperamento religioso es, efectivamente, llevar a la Dinamarca de Kierkegaard el mensaje de una determinada inquietud metafísica, y recibir a cambio el mensaje de otra inquietud igualmente patética. Hablar del sentimiento trágico de la vida, escrutando nuestra alma mística y solitaria, es decirle a Pascal quiénes somos, y oír de Pascal quién es él. Y es precisamente en una fraternidad así, de confesiones y confidencias, como se hace la cultura. Es decir, que sólo tras evaluar bien nuestras características específicas y después de caldearlas en la gran lumbre universal, podemos ser al mismo tiempo ciudadanos de Trás-os-Montes y ciudadanos del mundo. Unamuno se esforzó en enseñarnos precisamente esto, a

nosotros y a Europa. Negándose, activamente, a africanizar a Iberia, o a americanizarla, o, simplemente, a europeizarla, e intentando, por el contrario, arrancar de nuestra intrahistoria⁸ nuestro verdadero significado continental, consiguió esta maravilla: que Europa nos conociera profundamente, y que nosotros la conociéramos a ella” (D. 71). Si al autor de *En torno al casticismo* le interesaba Portugal porque le interesaba España, lo mismo, pero a la inversa, cabría decir de Miguel Torga. Ambos autores comparten un mismo propósito de ahondar en lo propio para tener algo que ofrecer al exterior.

Después de hacer una crítica de la literatura portuguesa contemporánea en el sentido de falta de raíces y de afrancesada, Torga concluye este largo registro diarístico que hemos citado volviendo al ejemplo de Unamuno con una atrevida metáfora: “Todo consiste en aprender y seguir la gran lección de esa vieja lechuza de Salamanca. Hincar primero, amorosa y porfiadamente, nuestros pies en la tierra ardiente de la Iberia; y llevándola en nuestra sensibilidad y en nuestro entendimiento, mirar, con un movimiento de humana y natural curiosidad, lo que ocurre al otro lado del muro” (D. 72).

Ya el 26 de julio de 1942 había escrito: “Ver a una Grecia esclava de Roma es tan natural como ver a Unamuno perdido en la España del 36” (D. 67). Mucho más patéticas son estas palabras, consignadas dos días más tarde, cuando busca un alma hermana con quien desahogarse: “¡Ah! ¡Unamuno! ¿Por qué has muerto? ¿Por qué no puedo hablar contigo en este momento dramático del mundo, aquí, en esta Iberia nuestra cargada de sol y de tristeza?... (D. 67). Poco después recuerda al atormentado suicida Manuel Laranjeira, el “hombre que escribió aquellas cartas a Unamuno” (D. 68); para comentar, meses más tarde: “forma parte de mi ritual subir a los altos, sentir la voluptuosidad de la fatiga, como dice Unamuno, y después mirar” (26-X-42). Todavía en ese mismo año de 1942 menciona nuevamente el nombre de Unamuno entre los intelectuales Einstein, Gide y Pavlov (D. 70).

Los viajes de Miguel Torga por España frecuentemente incluían una visita a la ciudad del Tormes, y dentro de ella, a los lugares más unamunianos. Así, en el Palacio de Anaya, ante el busto de Unamuno realizado en 1929 por Victorio Macho, objeto de la curiosidad estudiantil, exclamará: “Rápida visita a Unamuno, rector de piedra que recibe a los estudiantes novatos en la escali-

(8) Sobre el tema de la intrahistoria, las siguientes palabras que tomamos del *Diario* de Torga nos parecen muy cercanas al concepto unamuniano: “Héroes de carne y hueso, aunque digamos que no, nos llena de un irreprimible orgullo la maravillosa y secreta historia particular que nuestros pasos van dejando grabada en las páginas invisibles del tiempo” (10-IX-55).

nata de la Facultad de Letras. ¡Qué triste mundo éste! Todo parece medido por el mismo rasero. No, don Miguel: los versos del cementerio de Mallona que transcribiste, mentían. Esa resurrección de la carne que nos prometían, era ilusoria. La única eternidad posible es la de tu gloria: un busto tan duradero como una pesadilla” (D. 172). Es curiosa esta reflexión torguiana que remite al libro *Del sentimiento trágico de la vida*, cuando, tratando sobre el tema de la resurrección, en el capítulo titulado “La esencia del catolicismo”, escribe Unamuno: “En el cementerio, hoy amortizado, de Mallona, en mi pueblo natal, Bilbao, hay grabada una cuarteta que dice: «Aunque estamos en polvo convertidos, / en ti, Señor, nuestra esperanza fía, / que tornaremos a vivir vestidos / con la carne y piel que nos cubría»”⁹.

Nueve años más tarde, el portugués vuelve a sentir en Salamanca la presencia del genial agonista: “Por mucho que me esfuerce no consigo disociar de la impresión urbana de Salamanca la imagen superpuesta de Unamuno. En España lo humano lo configura todo [...]. La fisonomía que tengo ahora ante mis ojos –milagro antropomórfico que se justifica precisamente en la singular personalidad individual que lo impone– es un máscara patética de poeta, tallada en caliza rosácea, herida de fe y de escepticismo, posesa de temporalidad y de intemporalidad, en la que los arados que labran la meseta circundante prolongan los surcos doloridos del eternamente agónico sentimiento trágico de la vida” (D. 256).

Por otra parte, en el *Diario* torguiano pueden rastrearse muchas afinidades y analogías con el catedrático de Salamanca. Participando del mismo “sentimiento trágico de la vida”, Torga coincide con Unamuno en entregarse al vértigo del trabajo para no percibir la ausencia de sentido: “Luchar hasta caer exhausto. Transformar cada momento de desánimo en un triunfo de la voluntad. No porque la vida valga la pena, sino para no sancionar su nulidad” (27-VII-88)¹⁰. Asimismo, desde una semejante problemática existencial, a caballo entre la esperanza y la desesperación, este hombre dilacerado afirma: “Lo que querría sería sentirme ligado a un destino extrabiológico, a una vida que no

(9) UNAMUNO, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, 9ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 103.

(10) En una carta al escritor portugués Teixeira de Pascoaes, de 4 de Febrero de 1909, escribía Unamuno: “¡Vértigo, vértigo, vértigo!, ¡lucha!, ¡trabajo! La paz y el sosiego son terribles. El fragor del combate nos impide oír el rumor de las aguas eternas y profundas que van diciendo el «todo es vanidad»”, en *Epistolário Ibérico. Cartas de Pascoaes e Unamuno*, Nova Lisboa, Câmara Municipal, 1957, p. 39.

terminase con el último latido de mi corazón” (D. 20)¹¹. Para finalmente reconocer, ya en su vejez: “Sí, soy un nudo de contradicciones. Pero, ¿qué sería de mí si lo desatase? ¿Si, en vez de una unidad en la diversidad, fuese una diversidad sin unidad?” (D. 445). Certeramente afirma Jesús Herrero que cuando Torga muestra su voz más personal, dramática y rebelde, tanto más se acerca al alma del vasco-salmantino¹².

En “El cuarto día” de *La creación del mundo* narra un viaje realizado entre diciembre de 1937 y enero de 1938, en el que, camino de Francia e Italia, atravesó España en plena guerra civil¹³. Al pasar por Salamanca, justo un año después de la muerte de D. Miguel, nos sorprende con estas palabras en el contexto de una discusión ideológica con sus compañeros de viaje: “Pero la súbita aparición de las torres de Salamanca, que entraban en el cielo con la violencia de una agresión, y el retorno de las patrullas de la carretera, cada vez más seguidas, pusieron fin a su tolerancia poética. Apenas acabé de recitar el romance e inicié la evocación de la memoria de Unamuno –al que mi admiración ya le había perdonado la visita que, a invitación del gobierno, había hecho a Portugal en compañía de otros intelectuales extranjeros–, la voz de la prudencia se sobrepuso a la de la exaltación” (C.M. 273). Torga se refiere aquí al viaje que Unamuno hiciera a Portugal en junio de 1935, invitado por el Secretario de Propaganda Turística para asistir a un congreso de escritores¹⁴.

El autor luso ve proyectada la imagen unamuniana sobre la capital charra en paralelo con la de fray Luis de León: “Rosácea, la ciudad me parecía familiar. Aunque atascada de uniformes y dragones –era sede provisional del gobierno– la sombra tutelar del gran bilbaíno flotaba sobre ella. Lo veía pasear bajo los arcos de la Plaza Mayor, meditar en la Catedral Vieja ante su antiguo retablo, y reintegrarse a su cátedra, después del destierro en Fuerteventura, con la dignidad de Fray Luis de León cuando regresó de las mazmorras de la Inquisición... *Dicebamus hesterna die...* Encarcelado durante cinco años, el gran agustino había sabido encarnar por vez primera en el mundo la continuidad imparable del saber, indiferente a las violencias de la tiranía. Y esa lección

(11) Cf. nuestro artículo: “A problemática existencial no *Diário* de Miguel Torga”, *Letras de Hoje*, 35 (Porto Alegre 2000), pp. 61-88.

(12) HERRERO, Jesús, *op. cit.*, p. 87.

(13) También en el *Diario* queda registrado este viaje; vid. D. 27-31.

(14) Cf. SALCEDO, Emilio, *Vida de don Miguel (Unamuno, un hombre en lucha con su leyenda)*, 3ª ed., Salamanca, Anthema, 1998, pp. 447-448.

de valentía moral nadie la había aprendido mejor en la Península que el autor *Del sentimiento trágico de la vida*” (C.M. 274).

A continuación el escritor trasmontano se refiere al famoso enfrentamiento de Unamuno con el general Millán Astray en el Paraninfo de la Universidad salmantina, aquel 12 de octubre de 1936: “Aquel grito de «¡muerte a la inteligencia!» a que se había atrevido en su presencia la estupidez uniformada, cuando presidía una ceremonia oficial como rector de la Universidad, había recibido la respuesta adecuada: *–Este es el templo del intelecto y yo soy su Sumo Sacerdote. Vosotros estáis profanando sus estancias sagradas. Venceréis porque poseéis fuerza bruta más que suficiente. Pero no convenceréis porque para convencer es necesario persuadir. Y para persuadir sería necesario aquello de que carecéis en esta lucha: razón y derecho.* Este desafío heroico le había costado la vida. Pero le había redimido del error lamentable de haberse unido momentáneamente a la causa nacionalista. Fiel a sí mismo, no había dudado en el momento crucial. Entre el silencio cobarde y la connivencia retórica, había escogido el tono natural de su voz: una protesta osada. –Yo pertenezco al régimen eterno–... había proclamado un día. Y con esta actitud había perecido, libre y reencontrado” (C.M. 274).

Más tarde, dejando Salamanca y acercándose a Ávila establece una interesante correlación entre el vasco-castellano D. Miguel y la castellana Teresa de Jesús: “Místico sin Dios, enraizado en una España que le dolía, había atravesado los años devorado por la sed de absoluto. Y ese absoluto había sido su extremaunción. Hambre igual a la que había atormentado a Santa Teresa, su hermana mayor en castellanismo y grandeza humana, que me esperaba en Ávila, junto al crucero en donde había sacudido de su sandalia el polvo del mundo” (C.M. 274-275).

Curiosamente no hay ninguna referencia unamuniana al pasar por el País Vasco, ni tampoco a la vuelta del viaje. Señalemos, eso sí, que Torga experimenta un profundo sentimiento de solidaridad al atravesar la tierra guipuzcoana: “Llano y abierto casi hasta ahora mismo, propicio sólo a resistencias interiores, el paisaje había arrugado súbitamente el ceño, en una crispación combativa, y un nombre polarizó esa rabia de la tierra, hermanada a la rabia de sus hijos: GUIPÚZCOA” (C.M. 279). Más profunda aún es la conmoción que siente ante las ruinas de Irún, comentando: “Destripado, ennegrecido, el cadáver de Irún yacía a nuestros pies” (C.M. 280).

Como no podía ser menos, Torga le dedica a Unamuno una composición –la más extensa– de su poemario ibérico. A partir del tema de la papiroflexia nos presenta a un D. Miguel, heredero directo del Cid y de don Quijote: “D.

Miguel... / Hacía pajaritas de papel / que volaban de Iberia al fin del mundo... / ¡Unamuno III! / (Mío Cid fue el primero, / D. Quijote el segundo). / Amante de una nueva Dulcinea / igualmente ilusoria / –Patria, madre, idea / y novia–, / por ella se batía / cuando aún ningún otro se atrevía / a defender su amenazada honra. / Llamado por la luz de un espejismo, / dejaba El Escorial en que vivía / y subía, subía, / a cortejar con místico erotismo / en la morena carne del paisaje / el alma que, celoso, protegía. / Después, correspondido, / retornaba a la celda de ese hogar / por Felipe II construido / con granito de fe peninsular. / ¡Y con Dios se entendía en castellano! / Le contaba la trágica agonía / de un corazón católico romano / en un cuerpo abrasado de herejía. / Hasta que al fin la aurora liberaba / de la pesada noche sepulcral / al caballero andante. / Y helo de nuevo presto a desafiar / cualquier torvo gigante / que al Delirio no dejase pasar. / ¡Unamuno III! Murió loco. / Y fue su amor, por excesivo, poco / para el vientre rasgar de la Doncella. / D Miguel... / Hacía pajaritas de papel / y en el ojal lucía la más bella” (P.I. 117-119). Probablemente lo más llamativo de esta composición, aparte de la quijotización de Unamuno, sea la vinculación que establece entre éste y el monasterio de El Escorial, como símbolo del ser hispánico y de su fe religiosa.

Vemos, por tanto, cómo Torga habla siempre de Unamuno con admiración, considerándolo más desde la perspectiva de su enorme figura de modelo cívico e intelectual que desde su talla como escritor. De hecho, como hemos podido ver, las únicas obras unamunianas que cita explícitamente son *Del sentimiento trágico de la vida* y la *Vida de Don Quijote y Sancho*, siendo éste, precisamente, el libro en que Unamuno pone en paralelo al genial personaje de Cervantes con san Ignacio, visto a través de Pedro de Ribadeneira. Como es sabido, Unamuno había hecho de Íñigo de Loyola un caballero andante a lo divino, y del hidalgo manchego, una especie de Ignacio seglar

3. Ignacio de Loyola como contrapunto

Las palabras que el crítico portugués Óscar Lopes refiere a los cuentos de Torga podrían generalizarse a toda su obra, cuando afirma que el contraste entre vida y antividia constituye el eje de muchos de sus cuentos, entendiéndose en general por antividia cualquier forma de religiosidad obsoleta y por tanto opresiva, y siendo frecuentemente la religión católica la que representa la parte sombría de este claroscuro¹⁵.

(15) LOPES, Óscar, *Entre Fialho e Nemésio*, Lisboa, IN-CM, 1987, II, p. 738.

Por ello, las afinidades con el bilbaíno que hemos ido viendo contrastan con la total incomprensión de Torga ante Ignacio de Loyola, a quien sin duda conocía mucho peor, por lo que nos presenta siempre una imagen estereotipada, que podría ser la de Emilio Castelar o la de Pérez de Ayala. Señalemos desde ahora que todas las referencias que hace al fundador de la Compañía de Jesús son de carácter negativo, además de contraponerlo –fantástica y arbitrariamente– al rector de Salamanca. Torga se sitúa entre los autores, como Fülöp-Muller y Marcuse, que comprenden mal la doctrina ignaciana de la obediencia, entendiéndola como aniquilamiento de la libertad personal, y a partir de ahí operan una deformación global, repleta de tópicos, de la figura ignaciana¹⁶. Es probable que una de las fuentes principales en que Torga bebiera su interpretación parcial de san Ignacio fuera Unamuno, pero sin la riqueza de matices con que éste mira al guipuzcoano¹⁷. Pues, a pesar de su antijesuitismo, Unamuno admiraba al santo fundador, de manera que para él los jesuitas son “los degenerados hijos de Íñigo de Loyola”¹⁸. Podríamos decir que en este tema Torga, sin discernir entre san Ignacio y la Compañía de Jesús, sigue más al Unamuno de *La agonía del cristianismo* que al de la *Vida de Don Quijote*.

Comentando un libro que acaba de leer sobre Ignacio, el autor trasmontano anota en su *Diario* estas llamativas palabras, no exentas de cierta ambigüedad: “De nuevo ante un ensayo sobre San Ignacio de Loyola. Un bello libro. Aunque cualquier libro sobre un tipo así tiene que ser forzosamente bello. Un hombre de éstos es como los naufragios del siglo XVI: basta contarlos al natural para que resulte una obra maestra. Cuando pienso que, en otro tiempo hemos tenido gente de este calibre en la Iberia, me gustaría que me tragara la tierra...” (D. 36-37).

Paseando a finales de agosto de 1950 por el casco antiguo de la capital salmantina, entre los viejos edificios universitarios y la antigua iglesia de los jesuitas, anota Torga en su *Diario*: “¡Pobre Unamuno! ¡Qué frágil es su Universidad Literaria, racional, hecha a medida del hombre, al lado de la Clerecía, dogmática, hecha a la medida de Dios! Incluso aunque a la puerta de salida lo protegiese Fray Luis de León, con su espíritu modesto de precursor,

(16) Véase la “Introducción” a *Obras de San Ignacio de Loyola*, 5ª ed., Madrid, BAC, 1991, pp. 32-39.

(17) Cf. ELIZALDE, Ignacio, *San Ignacio en la literatura*, Madrid, UPSA - FUE, 1983, pp. 437-460.

(18) UNAMUNO, Miguel de, *La agonía del cristianismo*, 8ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1996, p. 136. Otras palabras fuertes del rector salmantino contra los jesuitas pueden verse en las pp. 141, 147, 152-165, etc.

caería inmediatamente sobre sus hombros el sambenito negro de la sombra de San Ignacio. Pensar, en Castilla, es lo mismo que deambular en una cárcel. La cárcel de la Fe y de la Patria” (D. 152).

Un año después, desde León, escribe esta llamativa reflexión sobre el carácter español, vinculándolo con lo barroco-tridentino en un sentido muy crítico: “Patria de las Contrarreformas, reducto de un catolicismo asfixiante –que no produce una idea laica, ni una expresión de arte laico, ni una manera de ser laica–, el dogma, la represión y la clausura forman parte de su *humus*. Y, bajo esa apariencia de ser la tierra de la alegría endémica, de la espontánea confraternización y de la serenidad interior, no existe otra con hijos más solitarios, más tristes, ni más aprensivos. Cada español, en el fondo, es un Ignacio de Loyola que se busca a sí mismo, un agonizante que pide confesor, un desesperado que monologa” (D. 171).

Once años después encontramos en el *Diario* una sugestiva reflexión en la que establece una analogía entre la obediencia ignaciana y la política del centralismo castellano: “- Castilla... –murmuro, dolorido–. Castilla la centripeta, Castilla la dominante, Castilla la contradictoria... Su fanático sentido de la uniformidad no le permite tolerar la diversidad; y ese mismo trágico monolitismo le impide entender una fraternidad de corazones, de lenguas, de paisajes, de destinos... La regla de Loyola aplicada a la periferia. *Perinde ac cadaver* - exigía aquel vasco, tan rendido como Unamuno y Baroja, paisanos suyos, a la fuerza polarizadora de la meseta. Y que sucumba, por obediencia geográfica, la cultura catalana, y que doble su cerviz bajo el yugo la voluntad asturiana” (D. 271-272). Otra reflexión injusta basada en el estereotipo del Ignacio contrarreformista, aquí como paradigma de centralismo dominador al que opone “un Portugal que quiso ser a viva fuerza independiente, que lo consiguió, que fue nuevamente sometido y que se liberó, y que desde su soledad marginal, ejemplarmente, nos convoca y concita...” (D. 272).

Pero es en los *Poemas Ibéricos* donde Torga más claramente postula a san Ignacio como símbolo de la privación de libertad. En dicho poemario le dedica un texto titulado “Loyola” que, evidentemente, se dedica a glosar al fundador de la Compañía: “Resuena en los oídos como una pesadilla: / - ¡Obedece! ¡Obedece! ¡Obedece! / A un ritmo de oración, / el eco de la añeja, terca intimidación / ordena a la consciencia del presente / la misma penitente / sujeción. / - ¡Obedece! ¡Obedece! / La razón se entumece, / la voluntad resiste. / Y, sin embargo, en nombre de lo Eterno, / en nombre del Infierno, / la salmodia monótona insiste: / - ¡Obedece! ¡Obedece! / Y el mundo natural y universal / que el sol peninsular había dorado, / un buen día aparece / anegado / en oscura tristeza que estremece / a una luz de sotana congelado” (P.I. 95).

El mandato de obedecer se repite como una pesadilla –las tres veces tal vez quieran corresponderse con los tres grados de obediencia–, y la abundancia de términos connotados negativamente dan un tono de oscuridad y frialdad. El poeta quiere así reflejar una disciplina que iría en contra de lo natural, sometiendo la naturaleza humana a un orden considerado superior. Esta atmósfera contrasta con el vitalismo que se respira en el texto dedicado a Federico García Lorca (*P.I.* 125-127). De este modo, el nombre de Íñigo aparece, junto a Torquemada, Hernán Cortés, o Felipe II, entre los “héroes negativos” en la historia peninsular, funcionando por tanto como antimodelos o antihéroes. El eje, una vez más, es el tema de la obediencia ignaciana, malentendida y descontextualizada, a partir de la carta que en marzo de 1553 el fundador dirigió a los padres y hermanos de Portugal, precisamente¹⁹. De este modo Miguel Torga, sin comprender los ricos matices de los textos ignacianos a los que seguramente nunca se acercó de forma directa²⁰, hace un juicio totalmente negativo del santo guipuzcoano.

Otra vez aparece indirectamente el fundador de la Compañía en los *Poemas Ibéricos*, cuando Torga se refiere al jesuita portugués Antonio Vieira (1608-1697), como “hijo peninsular y tropical / de Ignacio de Loyola” (*P.I.* 111). En una ocasión Torga se refiere en su *Diario* al también jesuita Manuel da Nóbrega (1517-1570), a quien llama “bandeirante del espíritu” (16-VIII-64); pero, en cambio, apenas dice nada de san Francisco Javier (1506-1552), aquel navarro lusitanizado de quien visitó el sepulcro al pasar por Goa (17-VI-87). Digamos también que ninguno de los dos poemas torguianos titulados “Ejercicio espiritual” (19-XI-39 y *D.* 444), a pesar del título, tienen relación alguna con los *Ejercicios* ignacianos.

4. Otros aspectos

Esta visión negativa de Ignacio de Loyola contrasta con el tono de cierta empatía o al menos comprensión que Torga expresa por otros místicos del siglo XVI como son Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, a quienes dedica sendos

(19) El texto puede verse en *Obras de San Ignacio de Loyola*, pp. 932-942. El ejemplo de obedecer “como una cosa muerta” –frecuentemente utilizado en la forma latina *perinde ac cadaver*, sobre todo en sentido negativo–, se encuentra en la p. 1088, dentro de otra carta ignaciana.

(20) Por citar sólo un caso, pero muy significativo, pensemos en sintagmas atenuantes del tipo de “en alguna manera”, tan frecuentes en los textos ignacianos; cf. GARCÍA DE CASTRO, José, *El Dios emergente*, Bilbao-Santander, Mensajero-Sal Terrae, 2001, pp. 37-39. En un sentido semejante cabe leer la magistral biografía escrita por J. I. TELLECHEA IDÍGORAS, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Madrid, Cristiandad, 1986, especialmente las pp. 350-353.

textos de sus *Poemas Ibéricos*, aunque sea siempre desde la óptica del conflicto interior. De este modo hace hablar a san Juan de la Cruz con palabras desgarradas: “¡Dentro de mí, y en lucha, un santo y un poeta! / ¡Negándose uno a otro y para siempre unidos! / De un cielo de vivencias sublimadas / al infernal penar de los sentidos... / ¡Ah, Castilla, Castilla, madre de tierra y luz! / ¡Qué singular jornada / hecha toda a la sombra de una cruz / tan leve y tan pesada!” (P.I. 105)²¹. Recordemos que esta estima por el místico carmelita también la comparte Torga con Unamuno²².

Igualmente santa Teresa aparece dividida entre el cielo y la tierra: “¡Tierra! / Viví muriendo porque no moría, / intentando agostar la raíz que me unía / —celeste o infernal— / a ti humana tierra en que nací. ¡Tierra!” (P.I. 97). Años más tarde, en octubre de 1982, comentará en el *Diario*: “Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús. Es una pena que no haya otra vida, porque, ya que no ha podido ser en ésta, me gustaría encontrarme allí con esta Doctora. Y no precisamente para discutir el problema de Dios, cosa que sería ociosa, sino para hablar de España” (D. 420)²³.

Por lo demás, el escritor portugués en sus visitas a España siente de una forma especial la fuerza de lo sagrado. Por ejemplo en Madrid escribe: “Lo profano nunca consiguió sentar plaza en la nación de Cervantes, que, en su propio *Don Quijote*, impregnó de mística locura la lucha abierta que en él se libra entre el espíritu y la materia. El espíritu henchido de eternidad y la materia henchida de temporalidad. Por una especie de capricho de la naturaleza, hasta el aire que se respira aquí es religioso, y su devoto oxígeno purifica por igual la sangre de ortodoxos y heterodoxos” (D. 253).

Además, otros santos desfilan por la obra torguiana, sobre todo Francisco de Asís, a quien el trasmontano llama “mi santo”. Para él, según muestra en su *Diario*, el *poverello* es “el Cristo de la bienaventuranza terrena. Un Cristo poeta, sin el dramatismo árido del desierto y de la expiación [...]. Un Cristo del mundo a la medida del mundo” (7-IX-81)²⁴. Señalemos que en esa estima por

(21) Sobre san Juan de la Cruz, cf. D. 25 y 26-XII-62.

(22) Cf. MANCHO, M^a Jesús, “Presencia de San Juan de la Cruz en el *Cancionero unamuniano*”, *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 33 (Salamanca 1998), pp. 41-60.

(23) Cf. D. 22 y 14-IX-50.

(24) Cf. D. 17, 55, 12-VIII-81 y 20-X-93. Es curioso constatar la semejanza del elogio a san Francisco con las palabras que Torga le dedica al papa Juan XXIII con motivo de su muerte: “Un
...

el santo italiano coincide, una vez más, con Unamuno²⁵. Además, la contraposición implícita que Torga realiza entre Francisco de Asís e Ignacio de Loyola, éste siempre desde una óptica desenfocada, la encontramos igualmente en otros autores²⁶, en una actitud en la que contrastan con otro gran escritor portugués del siglo XX como es el azoriano Vitorino Nemésio, gran admirador, al mismo tiempo, de san Ignacio y de Unamuno²⁷.

En todo caso, y para concluir, debemos recordar que Miguel Torga, a diferencia de tantos otros escritores, no escribe ensayos sistemáticos y ordenados, por lo que las referencias a estos dos vascos universales son siempre rápidas, dándolo todo —o casi todo— por supuesto, y sin pretender ningún tipo de análisis ni precisión en sus observaciones.

...

Papa que apuntaba al cielo y miraba a la tierra, que hablaba de Dios pensando en el hombre [...] Los impulsos afectivos salían de su corazón de manera tan espontánea y tan certera, tan justa y oportuna, tan pura y tan amplia, que le dan a uno ganas de escribir que él ha sido el amor ecuménico de los Evangelios al natural” (3-VI-63).

(25) Cf. GONZÁLEZ MARTÍN, Vicente, *San Francisco de Asís en la Literatura Hispánica Contemporánea*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1985, pp. 47-54.

(26) Por ejemplo, totalmente explícita, en José SARAGAMO, *Memorial del convento*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 257.

(27) Sobre todo en su libro *O Campo de São Paulo*, 3ª ed., Lisboa, IN-CM, 2001. Puede verse al respecto nuestro trabajo sobre “A Companhia de Jesus na obra de Vitorino Nemésio”, *Brotéria*, 152 (Lisboa 2001), pp. 65-79. Sobre su relación con Unamuno, véase Ángel MARCOS DE DIOS, “A correspondência entre Vitorino Nemésio e Miguel de Unamuno”, en *Vitorino Nemésio. Vinte Anos Depois*, Lisboa-Ponta Delgada, Cosmos, 1998, pp. 587-599.